

MARIANO YELA GRANIZO

JUAN ZARAGÜETA.
APUNTES SOBRE SU VIDA Y SU OBRA

Juan Zaragüeta.

Apuntes sobre su vida y su obra

por el Académico de número

EXCMO. SR. D. MARIANO YELA GRANIZO (*)

Juan Zaragüeta y Bengoechea, de progenie ostensiblemente vasca, nació en Orio, pueblo marinero del Cantábrico a dos pasos de San Sebastián, el 26 de enero de 1883, según reza en la placa que sus paisanos le dedicaron al nombrarle, muchos años después, hijo predilecto de la villa. Murió, casi un siglo más tarde, el 22 de diciembre de 1974, en un modesto piso del número 6 de la calle donostiarra de Legazpi, donde solía refugiarse, para trabajar con sosiego, los veranos y adonde se retiró unos meses antes de su muerte, para terminar su vida en paz.

Una larga vida en la que, como cada cual, vio de todo y pasó lo suyo. Llena, como cualquiera, de alegrías y sinsabores; colmada, como pocas, de luchas y afanes. Pero en la que no se perciben acontecimientos externos espectaculares. No suele haberlos en la vida de los pensadores. La biografía de éstos, como advierte Ortega a propósito de Luis Vives, cabe en dos palabras: vivió y pensó.

¿Qué hizo D. Juan en sus noventa y dos largos años de vida? Fue sacerdote y filósofo. Benedictinamente, oró y trabajó. Casi nada más. Apenas hizo otra cosa que amar limpiamente, inteligentemente, a los hombres y a la verdad.

Con amor vivo, sobreabundante cada día en obras de genero-

(*) Disertación en Junta del martes 15 de junio de 1976.

sidad y trabajo, D. Juan fue haciéndose al hilo de sus haceres cotidianos. Estos fueron, desde muy pronto, siempre los mismos: observar, estudiar, comprender, explicar, respetar, unir, amar, escribir. Y así, en paz con todos, se hizo el hombre que todos conocimos, «al que todos profesamos hondo cariño», «el gran maestro», «el hombre bueno», según las exactas palabras de Marañón en el prólogo que puso a uno de los últimos libros de D. Juan, *Los veinte temas que he cultivado en los cincuenta años de mi labor filosófica*.

Creo que su persona y su obra se caracterizan, en la forma aproximada en que cabe expresar con palabras una vida humana, por cuatro notas principales: laboriosidad, fidelidad, universalidad y liberalidad. Las cuatro, creo, se resumen en una: generosidad intelectual.

Primero, *laboriosidad*. Toda la vida de D. Juan fue trabajo. Trabajo constante, incesante, infatigable y, por todos los indicios, relativamente fácil y sumamente gozoso. Es verdad que empezó con ventaja. Varias veces me habló de sus primeros años en un hogar económicamente holgado, intelectualmente alerta, moralmente ejemplar. Una de sus pesadumbres fue siempre el hecho patente de que no todos pueden disfrutar de estas circunstancias. En este hecho encontró D. Juan uno de los más firmes fundamentos de su humildad y uno de los incentivos más vivaces para su trabajo y su permanente disposición de ayuda a los otros.

Su padre, el doctor Manuel Zaragüeta, fue un médico prestigioso de San Sebastián, cuyas gentes buscaban y encontraban en él la cabeza clara, la mano experta y el corazón abierto que los enfermos necesitan: «Uno de los últimos sacerdotes de nuestra Medicina», recuerda Marañón en el citado prólogo. La filosofía española tiene algún motivo para estarle agradecida. Fue padre de Juan Zaragüeta y trajo médicamente al mundo a Xavier Zubiri, quince años más joven que D. Juan y ligado desde muy pronto a él con una amistad que fue acendrándose con los años.

En este ambiente propicio, supo encontrar tempranamente don Juan la vocación religiosa e intelectual a la que siempre permaneció fiel y a la que dedicó su larga vida de trabajo.

Hasta los veintidós años, primeras y segundas letras en San Sebastián; estudios de Filosofía y Teología, en Vitoria; licenciaturas de Teología y Derecho, y doctorado de Teología, en Zaragoza.

Después, sin pausa, licenciaturas y doctorados de Filosofía, en Lovaina y en Madrid. Incorporación meditada y entusiasta al movimiento renovador del pensamiento católico científico, filosófico, teológico y social que impulsó desde Lovaina el Cardenal Mercier, por quien fue ordenado sacerdote y de quien fue discípulo. Intentos esforzados por difundir en España esta ambición cultural y ecuménica. Tareas fundacionales y organizadoras en el Seminario de Madrid y en la naciente Academia Universitaria Católica. Primeras publicaciones filosóficas, psicológicas y sociológicas, desde 1908. Y ya, en adelante, siempre así. Cada vez más recluso, sin embargo, en la pura labor intelectual.

Pero en ella, incansable. Siempre independiente, dispuesto siempre a colaborar con todos sin someterse a nadie, fue ganando amigos y prestigio en amplios sectores del pensamiento español, en el Instituto-Escuela, en la Universidad, en el Consejo de Investigaciones Científicas, en nuestra Academia. Libros, ensayos, artículos, fundación y dirección de instituciones científicas: trabajo nunca interrumpido.

En 1958, al cumplir D. Juan los setenta y cinco años, Marañón hablaba en su mencionado prólogo de «estas horas de emoción en las que el maestro nos ha dado ya todo». ¿Todo? Eso parecía. Jubilado ya de su cátedra universitaria, con una veintena de libros, más de un centenar de artículos científicos e incontables servicios académicos, ¿qué más cabía esperar?

Pero D. Juan seguía trabajando. En 1963, al cumplir los ochenta años, algunos amigos y discípulos—Zubiri, Laín, Sopeña, Germain—le rendimos homenaje público en el Instituto Nacional de Psicotecnia. Su obra, ya sobreabundante, nos parecía entonces colmada. No lo estaba. Don Juan siguió, día a día, aumentando el colmo de su incansable labor, atento siempre a sus deberes como Director del Instituto Luis Vives de Filosofía, a su cargo de Director de la Escuela de Psicología de la Universidad, a sus tareas de Secretario Perpetuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, a cuyas sesiones semanales rara vez dejó de asistir y en cuyos ANALES siguieron apareciendo puntualmente sus trabajos, a sus cursos del doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras, a las mil solicitudes de artículos y conferencias en la Prensa y en Sociedades y Congresos nacionales y extranjeros. Y, mientras tanto, más libros. A los ochenta años, sus *Estudios filosóficos*, extenso volumen en el que sus colaboradores del Instituto de Filosofía

y de la Sociedad Española de Filosofía, bajo la cariñosa solicitud de Manuel Mindán, reunieron dieciocho de los más característicos ensayos de D. Juan. A los ochenta y cinco, su *Curso de Filosofía*, en tres amplios tomos. A los ochenta y ocho, su último libro, *Cuarenta años de periodismo*, que le valió el Premio Nacional de Literatura.

No hubo remedio. Los mismos amigos—Zubiri, Laín, Ceñal—tuvimos que rendirle otro homenaje, esta vez en la Sociedad de Estudios y Publicaciones. Fue en 1973. Cumplía D. Juan los noventa años. Estaba ya muy torpe de cuerpo. Necesitaba, imperiosamente, descansar. Descansó de la única manera que sabía hacerlo—tal vez la única que merece la pena—: trabajando en paz. Para gozo suyo y de todos, siguió enseñando y escribiendo. Continuó al frente de la Escuela de Psicología, prosiguió sus tareas en la Academia, dio todavía, en 1973, dos cursos monográficos de doctorado en la Facultad.

En el verano de 1974 se retiró definitivamente a San Sebastián. Se llevó los esquemas de su último curso, sobre los que preparaba otro libro. Desde allí mandó a la Academia su discurso de contestación al mío de ingreso, y todavía, poco antes de su muerte, un estudio sobre «Filosofía y Lenguaje», que ha aparecido póstumamente en los ANALES DE LA ACADEMIA, en 1975.

Su capacidad de trabajo fue insólita, e insólito el gozo tranquilo con que en cualquier momento se ponía a trabajar. Un caso, desde luego, poco común. Y eso que su cuerpo, siempre grande, fornido y abundante bajo su inmensa sotana, fue haciéndose cada vez más enojoso y pesado. En los últimos años le costaba moverse, le era difícil trazar las palabras sobre el papel. Más que escribir—decía—tengo que dibujar las letras. Pero seguía trabajando, escuchando y escribiendo. Llegó a desarrollar, por llamarla de alguna manera, una especie de habilidad hipnoceptiva. Era capaz—Dios sabe cómo—de enterarse de todo, con fina perspicacia, mientras dormitaba plácidamente. Yo formé parte de varios tribunales de oposición que él presidió. Al correr los minutos, D. Juan iba entornando los ojos y reclinando la cabeza hasta dar la impresión de sumergirse en un discreto nirvana. Al final de los ejercicios, cuando todos dábamos nuestro parecer más o menos aproximado, D. Juan sacaba algún minúsculo cuadernillo y empezaba a ordenar en él las precisas observaciones que sobre la actuación de cada concursante había ido acumulando durante los períodos

de aparente reposo beatífico. Nunca me he explicado esta suerte de fenómeno «psi» en el bueno de D. Juan.

Y así, en la Universidad, en la Academia, en su casa, D. Juan continuaba como podía—arrastrando sonriente su cuerpo engorroso—la vida de siempre: pensar, hablar, escribir. ¡Cuánto debió al abnegado servicio de Sagrario, literalmente *bonne à tout faire*: buena y paciente acompañante, cuidadora, secretaria, enfermera y chófer! ¡Cuántas horas deliciosas de conversación he pasado con D. Juan en su hotelito *Etxe-Argi*—algo así como «La casa encendida», dicho sea con permiso de Luis Rosales—, de la calle de los Olivos, 11, en la entonces tranquila Colonia Metropolitana, al borde de la Ciudad Universitaria de Madrid! Sagrario, enérgica, diestra y solícita, le cuidaba como a un niño. Y con la sencillez de un niño, fácil al enojo súbito y pasajero, pronto a la sonrisa y al diálogo, D. Juan se olvidaba en seguida de sus achaques y se encandilaba jubiloso con el examen de cualquier tema, los ojillos brillantes de interés en su ancho rostro, la palabra hablada—infinitamente más jugosa que su palabra escrita—, rezumante de ingenio y sabiduría, sazónada de vez en cuando con algún punto de ironía bondadosa.

En Etxe-Argi recibía a sus discípulos y amigos. Con más frecuencia, escribía a solas, rodeado de libros y acompañado por sus innumerables proyectos y trabajos. Trataré de resumirlos ordenada y sistemáticamente, como a él le hubiera gustado.

Años de formación. Hasta 1897, estudios primarios y de Bachillerato en el Colegio de los Marianistas, y exámenes oficiales en el Intsituto de San Sebastián. Entre 1898 y 1903, estudios eclesiásticos en el Seminario Conciliar de Vitoria—un año de Filosofía y cuatro de Teología—, proseguidos en el Seminario Pontificio de Zaragoza, donde obtuvo los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en Teología. Simultáneamente (1903-1905) cursó y aprobó, en las Universidades de Valladolid y Zaragoza, la licenciatura de Derecho y Ciencias Sociales.

Años de viajes y perfeccionamiento. Vivamente alerta a su tiempo, el joven Zaragüeta decidió, a los veintidós años, ampliar su formación en el Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, fundado pocos años antes por Mercier en la Universidad Católica de Lovaina. Estaba entonces el Instituto en su época más fecunda

de iniciativas y realizaciones, a la vanguardia en la renovación del pensamiento católico universal, todavía bajo el impulso y dirección del que poco después sería Arzobispo de Malinas y Cardenal Mercier. Con él convivió D. Juan en el Seminario León XIII, de él fue discípulo, él le ordenó—como dijimos—sacerdote. Don Juan escribiría libros sobre su vida y su doctrina, y abrazaría para siempre su ideal filosófico, abierto a todas las ciencias, y su sentido religioso de la vida, abierto a todas las esperanzas y respetuoso con todas las personas. Allí, en los entonces recientes edificios de la Universidad, entre las calles de Tirlemont y Vesalio, asistió también a las clases de Michotte, que luego, al correr de los años, sería asimismo maestro de Zubiri, de Germain y mío. Muchas veces recordé con Michotte a D. Juan, mientras paseábamos por los jardincillos silenciosos de la plaza del Cardenal Mercier, por la «promenade des philosophes», en el parque cercano de la Vla-mingenstraat o en los laboratorios de Psicología del ya viejo Instituto, hojeando algún libro *du bon Zaragüeta*, algo gris en sus tapas por lo que Michotte llamaba «la poussière scientifique». ¡La vieja y querida Lovaina de mi juventud, que fue antes la acogedora y entrañable Lovaina de Vives, Zaragüeta y Zubiri!

Don Juan la recuerda a menudo en sus obras y nunca se borró de su espíritu la huella de la persona y los ideales del Cardenal Mercier. Durante su estancia en Lovaina se licenció en Filosofía —tesis: *Psychologie des sentiments et de la volonté* (1906)—, y alcanzó el doctorado—tesis: *La Sociologie de Gabriel Tarde* (1907)—.

Años de creación. Apenas vuelto a España, se fundó en el Seminario Conciliar de Madrid una Cátedra de Filosofía Superior, de cuyos tres cursos se encargó D. Juan en 1908. En 1910 fue nombrado Vicerrector del Seminario; en 1913, Prefecto de Estudios, y en 1916, Rector, cargo del que dimitió en 1918. Colaboró al mismo tiempo en la organización—1908—de la Academia Universitaria Católica de Madrid. A ello le animó el Cardenal Mercier, con quien compartía D. Juan el anhelo de promover la cultura superior en el ambiente católico de España y conseguir su incorporación a la labor creadora del pensamiento contemporáneo. En esta Academia Universitaria desempeñó, desde 1908, la cátedra de Estudios Filosóficos.

En 1911 fue nombrado Capellán de Honor de San Majestad, y en 1913 obtuvo la licenciatura de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y, al año siguiente, el doctorado. Su tesis *Teoría psico-*

genética de la voluntad fue máximamente calificada—como lo fueron sus estudios y grados anteriores—por un tribunal formado por Bonilla y San Martín, Cossío, Ortega y Gasset y García Morente; todos, salvo Manuel B. Cossío, miembros entonces o después de esta Academia.

En la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio fue profesor, desde 1917, de Religión y Moral, y, desde 1923, de Derecho y Economía Social. En 1918 inició su colaboración, como profesor de Religión, en la aventura pedagógica del Instituto-Escuela.

El gran prestigio intelectual y moral de D. Juan Zaragüeta explica que en aquellos años iniciales de su labor, cuando apenas contaba los treinta y seis años, fuera elegido Académico de número, titular de la Medalla 17, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 11 de marzo de 1919. Su discurso de ingreso, *Contribución del lenguaje a la filosofía de los valores*, es una de sus obras más originales y versa sobre un tema al que volverá reiteradamente en numerosos artículos y libros. En 1939 fue elegido Secretario de la Academia, a la que sirvió con puntual diligencia como Secretario Perpetuo desde 1942 hasta su muerte. De la fidelidad ejemplar a sus tareas académicas da fe el dato curioso de sus 1.821 asistencias a las sesiones regulares, cifra que, según mis noticias, ningún otro Académico ha alcanzado desde la fundación de la Academia en 1857.

En 1932 se incorporó al claustro de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid; primero, en la cátedra de Metodología de las Ciencias Sociales y Económicas, y, luego, desde 1946 hasta su jubilación en 1953, en la de Psicología Racional. Durante este período profesó diversos cursos en las Secciones de Pedagogía y Filosofía de la Facultad, como, además de los dichos, los de Pedagogía, Psicología General, Metafísica y otros muy numerosos de carácter monográfico en los estudios de doctorado. En 1973, pasados los noventa años, explicó todavía dos cursos monográficos sucesivos: «Los límites del acuerdo entre los hombres» y «La justificación». Fue, asimismo, durante muchos años, profesor de Filosofía en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la misma Universidad de Madrid.

Apenas fundado el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fue nombrado, en 1940, Vicedirector del Instituto Luis Vives de Filosofía, y, de 1947 a 1963, Director del mismo. Interesado siempre por las investigaciones psicológicas, se fundó bajo su patro-

cinio, en 1948, el Departamento de Psicología Experimental del Instituto Luis Vives, donde un grupo de jóvenes psicólogos—Ubeda, Siguán, Pinillos—, dirigidos por el Dr. Germain, iniciamos la renovación de la psicología científica española. El mismo año de 1948 fue nombrado D. Juan Consejero de número del Consejo de Investigaciones y, en 1963, Consejero de Honor del mismo.

Cuando, en 1953, y con el apoyo de Laín Entralgo, Rector entonces de la Universidad, organizamos la Escuela de Psicología y Psicotecnia de la Universidad de Madrid, D. Juan se avino en seguida, a pesar de sus muchos años, ocupaciones y trabajos, a dirigirla. Y como Director de la Escuela continuó hasta su muerte, ofreciendo en los primeros años varios cursos de Antropología.

Colaboró, en fin, a título muy diverso, en numerosas Sociedades. Entre ellas, la Española de Filosofía, de la que fue fundador (1949) y primer Presidente; la Española de Psicología, de la que fue también fundador (1952) y, más tarde, miembro de honor; la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, cuya Sección de Filosofía y Teología presidió durante muchos años; la Confederación Internacional de Sociedades de Filosofía, de cuyo Comité Directivo formó parte; la Société Philosophique de Louvain, y el Institut International de Philosophie de Paris.

En 1959 le nombró miembro correspondiente la Academie des Sciences Morales et Politiques de Paris, a cuyas sesiones se complacía en acudir y en la que leyó algún trabajo.

En cuanto a la obra escrita de D. Juan, raro es el año, de 1908 a 1975, en que no aparecen uno o más trabajos suyos. Unas doscientas publicaciones, entre ellas más de veinte libros—algunos de varios volúmenes—y más de dos centenares de artículos periodísticos—203 recoge *Cuarenta años de periodismo*—van jalonando su larga vida. Una lista bastante completa, aunque no exhaustiva, de las publicaciones de D. Juan se ofrece al final de este trabajo.

Su obra es de carácter fundamentalmente filosófico. Se inicia en 1908 con el prólogo que escribe para *El modernismo*, del Cardenal Mercier, y con su primer trabajo original, *Introducción general a la Filosofía*, de 1909. Se termina, después de su muerte, con el artículo póstumo «Vocabulario de sentido cognoscitivo de ser y estimativo de valores», que aparece en 1975. Ha dejado sin terminar un libro de *Criteriología*, en el que trabajó hasta la últi-

ma semana de su vida. Entre estas fechas—1908 y 1975—, un sinfín de estudios y libros filosóficos.

Su más profundo y original es, a mi ver, la *Teoría psico-genética de la voluntad*, de 1914. En esta obra elabora y define un método propio—la descripción de la vida mental en su desarrollo—que había después de aplicar, extender y completar en toda su producción filosófica y en abundantes estudios de índole psicológica, su campo de investigación preferido.

Su pensamiento y sistema se exponen principalmente en los tres volúmenes de *Filosofía y Vida* (1950, 1952 y 1954), el *Vocabulario filosófico* (1955), *Los veinte temas que he cultivado en los cincuenta años de mi labor filosófica* (1958), *Estudios filosóficos* (1963) y *Curso de Filosofía* (tres volúmenes, 1968).

Un aspecto peculiar del hacer filosófico de D. Juan, reiterada y cuidadosamente cultivado, fue el lenguaje y sus relaciones con la experiencia y la vida. Los muchos trabajos que al tema dedicó se inician con su discurso de ingreso en la Academia, *Contribución del lenguaje a la filosofía de los valores* (1920), y se terminan con su artículo póstumo de 1975, ha poco citado. Alcanzan la mejor articulación sistemática en su obra *El Lenguaje y la Filosofía*, de 1945.

Especial interés y dedicación mostró siempre D. Juan por la pedagogía. En este campo dejó, entre otros muchos ensayos, su libro *Pedagogía Fundamental* (1943), que ha servido de texto en la Universidad durante muchos años.

La sociología y el derecho fueron asimismo objeto de numerosos trabajos de D. Juan, desde su temprana *Sociología de Gabriel Tarde*, de 1909, hasta su «Diseño de una Sociología», de 1974.

Mencionemos, finalmente, entre los temas que más asiduamente cultivó, el estudio de la obra de filósofos y pensadores, como Mercier, Bergson, San Agustín, San Buenaventura, Ramón Llull, Santo Tomás, Suárez, Luis Vives, Balmes, Newman, Asín Palacios, Rufino Blanco, García Morente, Ortega, Toynbee, Zubiri... Y, con especial cariño, la religión y su sentido en la vida personal y social. Véanse, como muestra, sus libros *Religión y Moral* (1925), *El Cristianismo como doctrina de vida y como vida* (1939) y *El concepto católico de la vida según el Cardenal Mercier* (dos volúmenes, 1930).

He ahí pruebas más que suficientes de la laboriosidad de don Juan, su primera nota definitoria. La segunda, decíamos, es la fidelidad.

Fidelidad triple, la de D. Juan: a sí mismo, a una tradición, a la realidad. A sí mismo: a su vocación y a sus convicciones. Su vocación queda dicha: ser sacerdote y pensador. Mejor, ser sacerdote filósofo. Eso fue toda su vida. Y adviértase que no siempre le fue fácil mantenerse fiel a ella. Tuvo oportunidades y resistió presiones muy fuertes para ocupar puestos directivos en diversas obras sociales y ascender a los puestos más altos en la jerarquía pastoral de la Iglesia. Consideró siempre con respeto las indicaciones y consejos de sus superiores y amigos. Pero no dejó nunca su propio camino de filósofo y pensador. Fiel también a sus convicciones. Las mantuvo siempre en los más diversos ambientes, entre personas de las más distintas ideologías, sin ocultarlas nunca, como si fueran defectos o pudieran parecer inconvenientes, sin esgrimir las tampoco, como si fueran espadas o pudieran servir como señuelo; informando simplemente con ellas su vida y su conducta, haciendo de ellas puente y vía hacia los demás. Fidelidad a sus temas y a su método. Ya lo advertimos. Una y otra vez, desde las primeras publicaciones, saltan a su pluma los mismos temas fundamentales, examinados cada vez con mayor amplitud, rigor y afán de síntesis. Y siempre con el mismo modo peculiar de enfocarlos, cada vez más preciso y depurado: la génesis psicológica, perceptual, intelectual y volitiva, del encuentro con la realidad; el análisis de la experiencia común; las implicaciones filosóficas del lenguaje; el ser y el valor; la espontaneidad y la libertad; la vida humana y sus perspectivas psicológicas, morales, pedagógicas, sociales, jurídicas y religiosas.

En continuidad constantemente renovada, sin desligarse del pasado ni repetirlo, su fidelidad a sí mismo se nutre de la fidelidad a una tradición. Dice Aristóteles en la *Metafísica* que en la indagación de la verdad—*tês aletheias theoria*—, cada uno, por sí solo, puede nada o muy poco—*è methén è mikrón*—, pero del esfuerzo de todos surge algo grande—*ek pánton dè synathroizoménon gígnesthai ti mégethos*.

Don Juan quiso ser uno entre todos en la gran tradición del pensamiento clásico y de su reelaboración cristiana medieval y moderna. Quiso ser uno entre todos, pero no fue uno de tantos. Fue fiel a esa tradición sin dejar de serlo a sí mismo, asumiéndola de forma personal y originaria, bajo la consigna del movimiento neoescolástico de Lovaina, que gusta repetir en sus escritos: *vetera novis augere et perficere*: acrecentar y perfeccionar lo viejo con lo nuevo.

Su filosofía es la vieja metafísica del ser, pero elaborada a la altura de su tiempo, a través de la descripción fenomenológica de la realidad, tal y como va presentándose al desarrollo de la conciencia humana. El ser—todo el ser— desde el hombre: he ahí la filosofía de D. Juan.

Es la filosofía de los grandes clásicos continuada por un pensador contemporáneo de Mercier, Bergson y Husserl y estrictamente coetáneo de Ortega—los dos nacieron en 1883—. Continuada en el espíritu de la escuela de Lovaina, según lo expone, por ejemplo, el Cardenal Mercier en su *Rapport sur les études supérieures de Philosophie* (1891), que D. Juan califica de «brevariario del movimiento neoescolástico universal» (*El Cardenal Mercier*, 1927, pág. 18).

Reconoce Mercier el desprestigio del catolicismo en la ciencia. Lo atribuye no sólo ni principalmente a la ignorancia religiosa y al fanatismo antirreligioso de muchos hombres de ciencia de la época, sino, sobre todo, a la mediocridad científica de no pocos católicos de entonces. Urge al cultivo de la ciencia por sí misma, sin pueril afán apologético, sin intempestivas actitudes confesionales. Entera libertad en la elaboración de la ciencia y la filosofía, basadas exclusivamente en la verdad de las cosas. Fidelidad en teología a la Revelación. Y todo integrado en la unidad de la persona. «Me asombraba—dice Mercier—y continuo asombrándome de encontrar, de vez en cuando, hombres persuadidos de que nos cuesta alguna violencia ser y permanecer, al mismo tiempo, servidores de la ciencia y de la fe católica» (*Ibidem*, página. 26).

Lo mismo podría haber dicho D. Juan; lo mismo dijo día a día con su obra y su conducta.

Describir y dar cuenta de la realidad, asumiendo la tradición de la llamada *philosophia perennis*: he ahí el programa. Asumirla sin repetirla, repensarla desde el nivel del pensamiento filosófico actual, incorporarse al curso vivo de ese pensamiento, conocerlo, asimilarlo, contribuir a su propio desarrollo. Para ello, pensaba Mercier, es preciso dominar a fondo la ciencia, como una de las bases más firmes de la reflexión filosófica; superar todos los apriorismos materialistas e idealistas, mediante el examen de la evidencia objetiva, prescindiendo de todo criterio de autoridad; emprender la renovación histórico-crítica de los textos originales de los grandes pensadores escolásticos. Es verdad—dice Mercier—que no existe «una filosofía»; no hay más que «filosofías». La

filosofía es la de cada uno, frente a la realidad, dirigido por la observación y la evidencia. Pero ayudado por los demás, sumándose al esfuerzo de los hombres a través de la historia. En ella reconoce Mercier una tradición egregia: Platón, Aristóteles, San Agustín, la filosofía cristiana medieval, Santo Tomás. A ella quiere incorporarse. Mas «aunque vinculemos a nuestro programa el nombre escolástico, no consideramos la filosofía tomista ni como un ideal que nos fuera prohibido superar, ni como una barrera que ponga límites a la actividad del espíritu» (*Ibidem*, pág. 131). Y agrega el Cardenal: «Se está por o contra Aristóteles o Santo Tomás, como se está por o contra Augusto Comte, por o contra Kant... Porque por encima de toda consideración personal se hallará siempre para el verdadero filósofo la necesidad de tomar la observación como punto de partida, como origen de sus investigaciones, como fuente de verdad y soberana maestra de la ciencia» (*Les origenes de la psychologie contemporaine*, París, Alcan, página 454).

Este es el estilo filosófico que recoge D. Juan. Y que amplía. Hoy—nos dice en 1958, a la altura de sus setenta y cinco años—hay que incorporar a la *ciencia* los avances de la nueva física y la nueva psicología experimental; a la *lógica*, el estudio de la certeza vital y moral, con sus suplencias de la parcial inevidencia objetiva; a la *ética*, la moderna axiología, que amplía el concepto de bien con el de valor en todas sus modalidades; a la *epistemología*, los hallazgos metodológicos de la fenomenología, con todas las aportaciones de la psicología y la sociología; a la *metafísica*, la integración de la antigua ontología, más bien esencialista, con el estudio de la perspectiva existencial del ser histórico (*Los veinte temas*, págs. 151 y sigs.).

Tal es el espíritu de la filosofía de D. Juan. Una vez más lo resume, a sus ochenta y cinco años, en el prólogo de su *Curso de Filosofía*. «Espíritu de fidelidad al pensamiento tradicional, pero sensible a todas las innovaciones, sobre todo metodológicas y críticas, que caracterizan el progreso en filosofía. Espíritu de comprensión y abertura a todos los sistemas, no tan discrepantes como pudiera parecer, procurando armonizarlos en un pensamiento integral. Espíritu de solícita atención a los progresos del saber científico, rigurosamente sistematizados y no en su habitual dispersión, en el dominio de las ciencias naturales y psico-sociales, a cuyo ritmo va también afinándose el pensamiento filosófico.

En una palabra, he procurado, evocando las enseñanzas recibidas de la Universidad de Lovaina, sobre todo del fundador de su Instituto Superior de Filosofía, el Cardenal Mercier, ser fiel a la consigna fundamental para una filosofía perenne bien entendida: *vetera novis augere et perficere.*»

Así quiso ser D. Juan: uno más en esta secular tradición filosófica. Pero, como decíamos, no fue uno de tantos. Su fidelidad a la realidad se lo impedía. Como todo pensador auténtico, Don Juan fue, sin pretenderlo demasiado, profundamente original. El es uno de los primeros en abrir y sistematizar la perspectiva genética en el quehacer filosófico.

La aportación fundamental de Zaragüeta a la filosofía es, en efecto, la aplicación del *método psicogenético* a la formulación e indagación de los problemas, la evitación de los equívocos y presupuestos infundados y el encauzamiento de las soluciones. Uno de los *veinte temas* que más persistentemente trató es, según él mismo dice, «la génesis de lo real en la conciencia humana». La pormenorizada descripción de esa génesis es la piedra clave del sistema de D. Juan. Con ella aborda el problema—según él—previo a todos los demás: el gnoseológico. «Que no procede resolver *a priori* en un sentido idealista, ni *a posteriori* en otro realista de presunta evidencia inmediata de lo real, sino con un método genético, o sea, de cómo surge la categoría de lo real en la conciencia del recién nacido y se va fijando, a medida de su desarrollo, en las varias direcciones que integran la mentalidad humana» (*Los veinte temas*, pág. 154).

A su modo y manera, no está nada lejos D. Juan de las más actuales indagaciones psicológicas sobre el descubrimiento y elaboración de las nociones del mundo y la realidad, como, por ejemplo, las de Piaget, a las que él mismo alguna vez se refiere, y las de los neuropsicólogos soviéticos, como Alejandro Luria.

Ante cualquier problema, procura D. Juan aclarar, sobre todo, cómo y cuándo surge en la conciencia humana. Busca, como Bergson, los datos inmediatos de la conciencia; pero, atento, sin embargo, a la versión empírica de todos los datos que encuentra, se ve forzado a no parar en ninguno, a retrotraer, por un lado, el análisis a las etapas constitutivas de la experiencia en el desarrollo ontogenético, y a trascender, por otro, todo dato hacia la referencia extramental que contiene. Su análisis tiene, asimismo, cierta semejanza con la fenomenología de Husserl, con quien

coincide en situar el interés primario del filósofo en el estudio de las vivencias intencionales; pero, suspendiendo metodológicamente—como Husserl—la que D. Juan llama actitud natural de dogmática afirmación de la objetividad trascendente, no se juzga nunca autorizado a recluirse en la conciencia pura mediante la reducción típicamente fenomenológica. Su consideración de las vivencias es descriptiva y empírica, al margen de cualquier pretensión de universalidad ideal *a priori*. Del mismo modo, se ve obligado, como Husserl, a fundamentar las vivencias en su constitución genética. Mas, de nuevo, esta constitución es, en el caso de D. Juan, psicológica y empírica, basada en la experiencia común de lo real y en los resultados de las ciencias positivas, y totalmente ajena a toda pretensión de constitución trascendental *a priori*, inevitablemente idealista.

Desde sus primeros trabajos, emplea el mismo método psico-genético. Al principio, la génesis se refiere a la *conciencia* sin más, aun advirtiendo la parcialidad que supone prescindir de las relaciones psicofisiológicas, las cuales, sin embargo, le parecen tan poco conocidas en lo que importa que su tratamiento, a su juicio, ha de posponerse por el momento (*Teoría psico-genética de la voluntad*, 1914, pág. VI). La conciencia y las apenas entrevistas relaciones psicósomáticas a que D. Juan se refiere son, al menos inicialmente, las que estudia la psicología experimental naciente, fundamentalmente introspectiva y analítica, limitada en buena parte al examen de los contenidos de conciencia y, al menos parcialmente, a sus síntesis asociativas, pero que no excluía del todo—como es el caso de Wundt, Külpe o James, a quienes Zaragüeta conocía a fondo—la capacidad creadora de la conciencia—la *shöpperische Synthese*, de Wundt—, los actos mentales sin contenido sensorial—las *unerfüllte, reine Bewusstheiten*, de la escuela de Külpe—, ni el carácter personal de la actividad consciente—el *stream of thought*, de James. Con el tiempo, D. Juan va matizando su método y su terminología, seguramente atento al desarrollo del movimiento fenomenológico, a la psicología comprensiva del Dilthey y al influjo más cercano de Ortega. Habla cada vez más de la *vida psicofisiológica* y, finalmente, de la *vida personal*, como punto de partida. La cosa es patente en *Filosofía y Vida* y en el *Curso de Filosofía*. El mismo lo declara explícitamente en el libro en que expone sus ideas más propias: «Se impone adoptar como punto de partida del filosofar el de la vida

humana, de la vida de cada uno de nosotros, no para ensimismarnos en ella, sino para descubrir desde ella cuanto en ella se encuentra, incluso lo trascendente a nosotros, que no deja de sernos inmanente: la Naturaleza, la Sociedad, el Ser, Dios» (*Los veinte temas*, pág. 153).

Además de la elaboración del método genético, las indagaciones más originales de D. Juan son, a mi parecer, las que versan sobre el *lenguaje* y la *voluntad*.

Ya advertimos que el lenguaje es uno de sus temas preferidos. No es extraño. El método de D. Juan consiste en partir siempre de lo dado en la experiencia humana. Y lo así dado está embebido en el lenguaje. El lenguaje es—también para él—*das Haus des Seins*. En el lenguaje vive y se mueve el hombre. Fiel a la consideración empírica de todas las cosas, ve en el lenguaje, no una prueba concluyente de nada, pero sí un caudal inagotable de sugerencias y posibilidades para la reflexión filosófica («Vocabulario de sentido cognoscitivo de ser y estimativo de valores», 1975). Don Juan explota a fondo ese caudal en numerosos estudios. Principalmente en su discurso de ingreso en la Academia y en su obra *El Lenguaje y la Filosofía*. Los resultados a que llega pueden resumirse, creo, en dos. Primero, la sedimentación en el lenguaje de la intencionalidad metafísica y trascendental de la experiencia humana. Segundo, la patente distinción en el lenguaje entre el ser y el valor. En un análisis minucioso y sutil de los categoremas y sincategoremas lingüísticos y de sus flexiones y estructuras sintácticas—quizá un tanto prolijo—y tomando buena nota de las iniciales investigaciones psicolingüísticas—de la *Völkerpsychologie*, de Wundt a los *Principes de Linguistique psychologique* de Van Ginneken (1907)—muestra D. Juan la existencia de un *lenguaje positivo* y un *lenguaje estimativo*. Aquél está constituido por nombres significativos de la aprehensión perceptual y conceptual, y es en parte congruente con la interpretación positivista de los hechos como objetos presentemente verificados o verificables. Pero exige, asimismo, una interpretación transfenoménica, en la medida en que los nombres se refieren a sistemas esenciales de propiedades y de relaciones—sustancia, causalidad, etc.—, implicadas en la universalidad y necesidad de las mismas leyes positivas. Es lo que D. Juan llama la *zona metafísica del lenguaje*. Este contiene, además, verbos y juicios significativos de afirmaciones, que reclaman la adhesión del sujeto y que incluyen una pretensión tras-

cidental de verdades referidas a la realidad presente, pasada y futura.

El lenguaje positivo representa los hechos y realidades de las ciencias cosmológicas y psicológicas, pero «no tiene pleno sentido, sino en cuanto alcanza su pleno desenvolvimiento en esos hechos y nombres que hemos llamado metafísicos y trascendentales, que, por lo tanto, pueden y deben ser incorporados al vocabulario de carácter positivo, en la más amplia y plena significación de esta palabra» (*Contribución del lenguaje a la filosofía de los valores*, 1920, pág. 119). D. Juan admite el positivismo en cuanto es una afirmación de los hechos; le acusa de convertirse en *negativismo*, cuando niega, sin justificación plausible, todo lo demás, incluida la fundamentación y sentido de esos mismos hechos (*Ibidem*, pág. 21). Es, dicho sea de paso, el mismo argumento y el mismo término que Unamuno—tan lejos de D. Juan—emplea por los mismos meses de 1919 en su artículo «Apolonio, el díscolo».

El lenguaje positivo se refiere al conocimiento de los seres. Existe, además, otro lenguaje—u otro aspecto del lenguaje—referido a la estimación de los valores. Engloba el sentido indirecto—evocativo, de connotación afectiva y metafórico—de las palabras y el sentido directamente valorativo de las mismas. Al estudio de esta forma del lenguaje y de sus aplicaciones para una axiología general ha dedicado D. Juan muchas de sus mejores páginas.

Pero su aportación más importante a la filosofía es su *teoría psicogenética de la voluntad*. A mi entender, uno de los estudios más profundos sobre el tema en toda la historia del pensamiento filosófico. Merecería, por supuesto, un comentario más extenso que el meramente alusivo que aquí podemos esbozar.

Aborda D. Juan el problema en su tesis de 1914, que lleva precisamente ese título. En ella se propone—y creo que logra—refundir armónicamente la pluralidad de facultades de la filosofía antigua y la unidad de la personalidad de la psicología moderna, en «una concepción *genética* de la vida mental, en la cual aparezca la *voluntad*, en perfecta continuidad con la vida inicial del espíritu, como la forma más perfecta y culminante del desarrollo *espontáneo* de la conciencia en su doble condición teórico-práctica» (pág. VII).

La ley fundamental de la actividad del espíritu es, según Zarágüeta, la espontaneidad. Rige todos los procesos de la conciencia, cognoscitivos y sentimentales, sensitivos e intelectuales, teóricos y

prácticos, referidos tanto al presente como al pasado. En la evolución ontogenética de la conciencia llega, sin embargo, un momento en que la actividad se proyecta hacia el porvenir y reconoce objetivos apetecibles, cuya obtención, si son atractivos, y evitación, si son repulsivos, depende del sujeto. La pura espontaneidad va convirtiéndose en deseo y apetición voluntarios. Fundadas en la espontaneidad, nutridas e impulsadas por ella, movidas espontáneamente a lograr formas más plenas y vivaces de la vida mental—convirtiendo la imagen de lo apetecido en sensación actual, y la adhesión hipotética o dubitativa en afirmación absoluta—, las disposiciones y tendencias van configurándose en forma de pretensiones y proyectos. «Este dinamismo de la actividad psíquica ante el horizonte temporal de su evolución constituye esencialmente la actividad voluntaria» (pág. 248). La futurición de objetos valorables, iniciada espontáneamente y espontáneamente apetecida, prepara y facilita la valoración de los objetivos apetecibles, y ésta, alimentada siempre por la espontaneidad, la aparición y desarrollo progresivo de procesos de voluntariedad creciente. El grado de voluntariedad se acentúa y perfecciona en la medida en que se objetivan reflexivamente posibilidades varias de elección. Todavía entonces el sujeto suele estar en buena parte determinado por el peso espontáneo del motivo más fuerte, según su experiencia pasada y su temperamento. La meditación objetiva y la reflexión subjetiva van revelando al hombre el coeficiente de espontaneidad, innata o adquirida por hábito, que afecta a sus decisiones; van asimismo posibilitando su encauzamiento y relativo dominio, la adopción de valores más amplios y de fines más remotos, el sacrificio de lo espontáneamente más apetecible por lo estimativamente más valioso, la educación y apropiación, en fin, de las tendencias espontáneas. El radio de voluntariedad puede aumentar y con él los grados de libertad de nuestras acciones, en un proceso de progresiva liberación. «El papel de la voluntad en la vida humana no es el de promotor, sino el del timonel que de vez en cuando da un golpe a su volante» (*Veinte temas*, pág. 81).

El juego sutil de los deseos, los proyectos voluntarios y las deliberaciones, decisiones y resoluciones libres «no son manifestaciones originales de una fuerza primitiva e irreductible llamada facultad volitiva, sino, como simples derivaciones progresivas de la espontaneidad, verdaderas eflorescencias *psico-genéticas* de ese misterioso poder perceptivo y asociador de sus objetos en la sín-

tesis de la personalidad, que constituye la esencia misma del espíritu humano bajo el nombre de *actividad mental*» (1914, pág. 254).

La voluntad, para D. Juan, no es ni una potencia preformada que sólo aguarda su propio objeto para ponerse en acto, ni una simple modulación de la experiencia adquirida por aprendizaje. Como el lenguaje o la inteligencia en las teorías psicológicas actuales que más se ocupan del problema, la voluntad se constituye y desarrolla epigenéticamente a partir de cierta dotación genética inicial y mediante la actividad espontánea del propio sujeto en interacción con el mundo físico y social en que vive.

Nuttin, sucesor de Michotte en Lovaina y actual presidente de la Unión Internacional de Psicología, reconoce que la tarea más acuciante de la psicología de la motivación consiste en elaborar una teoría genética de la voluntad, a semejanza de la propuesta por Piaget respecto de la inteligencia («Origine et développements des motifs», en *La Motivación*, París, P. U. F., 1959). Ese será—nos dice—el problema principal de la Psicología en el próximo futuro. Ese fue, no lo olvidemos, el problema que D. Juan afrontó en su *Teoría psico-genética de la voluntad*, en la increíble fecha de 1914.

La tercera nota característica de D. Juan es la *universalidad*. Que tiene en él dos facetas. Una subjetiva—su inexhaustible interés por todo—, que confería a su personalidad aquel aire infantil que todos conocimos. No tiene nada que ver esto con la puerilidad. Ser pueril es ser niño a destiempo. D. Juan dejó de ser niño en fecha exageradamente temprana de su vida. Pero tuvo el acierto—o la fortuna—de no matar nunca del todo al niño que fue. Por eso no fue nunca un viejo senil, ni estuvo nunca de vuelta de nada. Siguió hasta sus últimos días yendo universalmente hacia todo, mirándolo todo con ojos perpetuamente asombrados, llenos de madura ingenuidad, viendo cada día nacer las cosas, pletóricas de novedad, recién estrenadas.

La otra faceta es la objetiva. Su obra es universalmente abarcadora. Tal vez demasiado. Lo comprende todo, todo lo ordena, todo lo clasifica, en una inmensa y enciclopédica sinopsis. Su obra va adquiriendo con el tiempo un cierto aire de *Summa* medieval, que no siempre facilita el descubrimiento de los certeros e innumerables hallazgos ocultos en su frondosidad clasificatoria. A los setenta y cinco años publicó, como sabemos, *Las veinte temas que*

he cultivado en los cincuenta años de mi labor filosófica. No veinte, sino veinte veces veinte son los temas tratados en los casi setenta años de su labor. En realidad, abarcan la filosofía toda. Y, para redondear su universalidad, D. Juan fue, además de pensador impenitente, un virtuoso de la música y un consumado pianista.

Finalmente, *liberalidad*. Don Juan fue un gran liberal. En el sentido más radical de la palabra. Un liberador de sí mismo y de los demás. Liberador de sí mismo, fue haciéndose con los años señor de su propia espontaneidad. De temperamento excitable, de emociones rápidas y fuertes, de prontos impetuosos y coléricos, fácilmente vertido a los sucesos exteriores, variables y pasajeros, fue liberando y construyendo—Dios sabe con qué paciencia—aquel carácter suyo que a todos nos fue familiar, paradigma del equilibrio, la ecuanimidad, la perseverancia y la *sofrosyne*.

Y liberador de los demás. No se sometió ni aduló a nadie. No intentó someter ni dominar a ninguno. Tampoco dejó, indiferente, que cada cual siguiera siendo a su aire y sin más. En su trato con todos, a cada uno nos liberó, para llegar a ser más y mejor quienes éramos y queríamos ser. Aceptó comprensivamente a todos los hombres de todas las tendencias, incluso en los momentos más duros y encrespados de nuestras discordias nacionales. Nunca puso condiciones para amar y respetar al prójimo ni para ofrecerle su magisterio, su ayuda o su amistad.

Fue, en resumen, un hombre de inagotable *generosidad intelectual*. Entregado a la verdad, dedicó generosamente su vida a descubrirla y a entregarla a los demás. La persona de D. Juan fue —y, en mi esperanza, continúa siendo—como una moneda que llevara escrito en una de sus caras el conocido verso de Machado:

¿Tu verdad? No, la verdad.
Y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

Y en la otra cara, otro verso que Machado pudo muy bien haber escrito:

¿Mi verdad? No, la verdad.
Y voy contigo a buscarla.
La mía, guárdomela.

PUBLICACIONES DE D. JUAN ZARAGÜETA

Ofrecemos a continuación un primer avance de la lista de publicaciones de D. Juan Zaragüeta. Esperamos completarla en ocasión próxima. Para los trabajos publicados hasta 1962 hemos reproducido la bibliografía que figura en la obra de Zaragüeta *Estudios Filosóficos*, Instituto Luis Vives de Filosofía, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1963, páginas 13-18. Hemos agregado los libros aparecidos después y los trabajos publicados hasta 1975 en los ANALES de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

1. Prólogo a su traducción del folleto del Cardenal Mercier, «El Modernismo» (56 págs.), 1908.
2. *Introducción general a la Filosofía* (88 págs.), 1909.
3. *La Sociología de Gabriel Tarde* (parte de la Tesis doctoral de Lovaina) (68 págs.), 1909.
4. *Modernas orientaciones de la Psicología Experimental*. (Discurso inaugural de curso en el Seminario Conciliar de Madrid.) (102 págs.), 1910.
5. *El problema del alma ante la Psicología Experimental*. (Trabajo presentado al Congreso Apologético de Vich.) (144 páginas), 1910.
6. Una interpretación psicológica de los fenómenos económicos. (23 págs.), 1910.
7. La Universidad Católica de Lovaina. (16 págs.), 1910.
8. *Teoría psicogenética de la voluntad*. (Tesis doctoral.) (265 páginas), 1914.
9. La filosofía de Jaime Balmes. (41 págs.), 1915.
10. La causa de Bélgica (con el pseudónimo de Veridicus). (32 páginas), 1915.
11. Caracteres fundamentales de la enseñanza superior universitaria. (20 págs.), 1915.
12. Reglamento del Seminario Conciliar de Madrid. (111 págs.), 1916.
13. Ciencia y Cultura. (32 págs.), 1918.
14. El postulado inicial de la Sociedad de Naciones, 1918.
15. El estudio del niño para la cultura nacional. (31 págs.), 1919.

16. Segunda enseñanza y especiales. (13 págs.), 1919.
17. *Contribución del lenguaje a la filosofía de los valores*. Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. (221 págs.), 1920.
18. *Théorie et pratique dans la vie de l'esprit*. (48 págs.), 1921. (Conferencia dada en la Universidad de Lovaina.)
19. La reacción realista en la filosofía norteamericana. (46 páginas.), 1925.
20. La crisis del régimen constitucional. (44 págs.), 1925.
21. Necesidad de la filosofía como disciplina general universitaria. (20 págs.), 1925.
22. Lengua española. (95 págs.), 1925.
23. *Religión y Moral*. (115 págs.), 1925.
24. La vocación profesional. (14 págs.), 1926.
25. *El Cardenal Mercier: su vida y su orientación doctrinal*. (150 páginas.), 1927. (Necrología del Cardenal, miembro de honor de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.)
26. La función del simbolismo. (28 págs.), 1927.
27. El ideal franciscano traducido en el pensamiento de San Buenaventura. (24 págs.), 1927.
28. La finalidad en la filosofía de Santo Tomás. (32 páginas), 1928 (publicado en «Xenia Thomística», en celebración del VII Centenario de Santo Tomás de Aquino).
29. Don Juan Valera, filósofo. (27 págs.), 1928. (Leído en la Real Academia Española en el Centenario de Valera.)
30. El principio de finalidad en el estado actual de la ciencia. (39 págs.), 1929.
31. La justicia en la remuneración del trabajo. (40 págs.), 1930.
32. *El concepto católico de la vida según el Cardenal Mercier*. (Dos volúmenes de 412 y 495 págs.), 1930, 2.^a ed., 1941.
33. Conciencia y organismo. (48 págs.), 1932.
34. Perspectiva actual para una filosofía crítica. (44 págs.), 1934. (Discurso inaugural de la Sección de Filosofía del XIV Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias.)
35. El concepto de medida en las ciencias físicas y psicológicas. (30 págs.), 1934.
36. Sobre la crisis de la civilización europea. (7 págs.), 1934.
37. El concepto de «lo suyo» en la definición de la justicia. (23 páginas.), 1935.
38. El nacional-socialismo alemán. (16 págs.), 1935.

39. La Psicología en la vida humana. (6 págs.), 1936.
40. El Movimiento Nacional ante el Derecho y la Justicia. (32 páginas), 1938).
41. Factores morales de nuestra reforma social. (32 págs.), 1938. (Discurso inaugural de la Sesión de Ciencias Sociales en el Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias, en Santander.)
42. Ciencia y Acción en la vida social. (7 págs.), 1938.
43. Los problemas de la Pedagogía social. (9 págs.), 1939.
44. *El Cristianismo como doctrina de vida y como vida.* (253 páginas), 1939.
45. La Hispanidad y el pensamiento filosófico. (Conferencia por Radio Nacional.) (10 págs.), 1940.
46. Inteligencia y vida. (41 págs.), 1940.
47. Pedagogía de la Religión. (46 págs.), 1941.
48. *La intuición en la filosofía de Henri Bergson.* (318 págs.), 1941.
49. La filosofía de Suárez y el pensamiento actual. (75 págs.). 1941. (Conferencias dadas en la Cátedra Suárez de la Universidad de Granada.)
50. La libertad en la filosofía de Henri Bergson. (26 págs.), 1941.
51. L'Humanisme et la Pédagogie de Luis Vives. (19 págs.), 1941.
52. Santo Tomás de Aquino en su tiempo y en el nuestro. (46 páginas), 1942. (Discurso pronunciado el día del Santo Doctor en el Paraninfo de la Universidad de Madrid.)
53. El problema de las facultades del alma. (70 págs.), 1942.
54. Cultura e investigación científica. (22 págs.), 1942.
55. Suárez y la Etica. (14 págs.), 1943.
56. Manuel García Morente. (15 págs.), 1943.
57. Acerca del problema de Dios. (26 págs.), 1943.
58. Una contribución al problema del valor. (34 págs.), 1943.
59. *Fundamentos de Filosofía e Historia de los sistemas filosóficos* (en colaboración con D. Manuel García Morente). (617 páginas.), 1943.
60. *Pedagogía fundamental.* (560 págs.), 1943, 2.^a ed., 1953.
61. Universidad y Pedagogía. (14 págs.), 1943.
62. La Pedagogía, ciencia social. (38 págs.), 1944.
63. Las directrices de Pedagogía de Luis Vives. (35 págs.), 1945. (Discurso leído con motivo de su IV Centenario en el Instituto de España.)
64. *El lenguaje y la Filosofía.* (400 págs.), 1945.

65. *Balmes filosófico*. (129 págs.), 1945.
66. *Una introducción moderna a la filosofía escolástica*. (205 páginas), 1946. (Conferencias dadas en la Cátedra Suárez de la Universidad de Granada.)
67. A propos des méthodes psychologiques. (17 págs.), 1947.
68. Escolástica y filosofía cristiana. (60 págs.), 1947.
69. La tarea del tomismo en la actualidad. (21 págs.), 1947. (Discurso pronunciado en la Universidad de Valladolid el día de Santo Tomás.)
70. Una cuestión delicada: el sacerdote y la perfección espiritual. (23 págs.), 1947.
71. La Escuela de Lovaina: su evolución. (41 págs.), 1948.
72. Contribución del lenguaje al estudio del pensamiento simbólico y estimativo. (Actas del Congreso Internacional de Filosofía de Roma.) (25 págs.), 1948.
73. Le problème de la terminologie juridique. (Ponencia de las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián.) (19 págs.), 1948.
74. Las directrices cardinales de la Pedagogía contemporánea. (Discurso inaugural del Congreso Inter-Iberoamericano de Educación.), 1949.
75. Las virtudes cardinales como virtudes pedagógicas.
76. Balance del Catolicismo actual. (Contribución a las Conversaciones Católicas de San Sebastián.) (15 págs.), 1949.
77. La double perspective de la philosophie comme connaissance de l'être et comme estimation de sa valeur. (Actas del Congreso Internacional de Filosofía de Amsterdam.), 1949.
78. La criteriología del Cardenal Newman. (60 págs.), 1949. (Discurso inaugural de la Sección de Filosofía del XIX Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias.)
79. Balmes y Newman desde el punto de vista de su criteriología. (27 págs.), 1949.
80. Balmes, moralista. (16 págs.), 1949. (Discurso leído en el Instituto de España.)
81. Ser y valer. (Ponencia en el Congreso Internacional de Filosofía de Barcelona.), 1949.
82. Balmes, Doctor humano. (Discurso de Clausura del mismo Congreso.)
83. El lenguaje y el pensamiento. (15 págs.), 1949.
84. L'insertion de la philosophie des valeurs dans la morale tra-

- ditionnelle. (Comunicación al Congreso de Gallarate, Italia.) (14 págs.), 1949.
85. Les degrés de vivacité de la conscience. (17 págs.), 1950.
 86. *Filosofía y Vida*. Tomo I: *La vida mental* (descripción). (388 páginas.), 1950.
 87. La fonction estimative dans l'intuition empirique. (12 págs.), 1951.
 88. Refracción y reflexión mental. (12 págs.), 1951.
 89. Tres comunicaciones presentadas al Congreso Internacional de Filosofía de Lima y policopiadas por el mismo en 1951: 1) La circularidad interfuncional en el dinamismo de la personalidad humana. 2) La función innovadora en el desarrollo de la personalidad humana. 3) El método genético en la solución del problema crítico del conocimiento.
 90. El problema de la Unidad europea ante la conciencia cristiana. (Contribución a las Conversaciones Católicas de San Sebastián.) (10 págs.), 1951.
 91. Moral humana y Moral patriótica. (Ibídem.) (10 págs.), 1951.
 92. La figura y la obra del Cardenal Mercier. (26 págs.), 1951.
 93. Precisiones del concepto de justicia en la actual Filosofía del Derecho. (16 págs.), 1952.
 94. Cosa y persona. (Discurso inaugural a la 1.ª Semana de Filosofía española.), 1952.
 95. El viraje del punto de vista cuantitativo en la Ciencia y Metafísica actuales. (48 págs.), 1952.
 96. *Filosofía y Vida*. Tomo II: *Problemas y Métodos*. (606 págs.), 1952.
 97. Necrología. (Estudio bibliográfico de D. Miguel Asín Palacios.) (44 págs.), 1952.
 98. La moral profesional del educador. (18 págs.), 1953. (Conferencia del ciclo sobre moral profesional organizado por el Instituto Luis Vives.)
 99. Les utopies communistes et l'idéalisme chrétien. (Contribución a las Conversaciones Católicas de San Sebastián.) (15 páginas), 1953.
 100. Fenomenología y problemática del mal. (Discurso inaugural de la 2.ª Semana de Filosofía española.), 1953.
 101. L'explication dans les Sciences de la Nature. (Comunicación al XI Congreso Internacional de Filosofía de Bruselas.) (7 páginas), 1953.

102. A propos de la liberté (publicado por la UNESCO). (8 págs.)
103. El problema de la libertad y sus perspectivas. (13 págs.), 1954.
104. *Filosofía y Vida*. Tomo III. (700 págs.), 1954.
105. Problemática de la Filosofía de las Ciencias. (20 págs.), 1954.
106. Perspectivas éticas de la Ciudad de Dios. (25 págs.), 1954.
107. Formes logiques, fonctions psychologiques et facteurs vitaux ou alogiques de la pensée. (Actas del Congreso de Filosofía de Grenoble, 1954.)
108. *Vocabulario filosófico*. (570 págs.), 1955.
109. El árbol de la ciencia. (5 págs.), 1955.
110. El pensamiento pedagógico de D. José Ortega y Gasset. (9 páginas), 1955.
111. La justicia social, su concepto y sus aplicaciones actuales y posibles. (34 págs.), 1955.
112. Justicia social. (9 págs.), 1955.
113. Justicia y caridad. (8 págs.), 1956.
114. Problemática del Bien Común. (93 págs.), 1956.
115. Papel de la violencia en la vida. (15 págs.), 1956.
116. Formas pacíficas de la convivencia humana. (7 págs.).
117. La declaración de los derechos del hombre. (16 págs.), 1956.
118. La penetration dans la conscience d'autrui. (Actas del Congreso de Filosofía de Toulouse.) (6 págs.), 1956.
119. Don Juan Valera, filósofo. (40 págs.), 1956.
120. El vitalismo de Ortega. (33 págs.), 1957.
121. La coordinación de las ciencias sociales. (23 págs.), 1957.
122. Las virtudes morales en orden al conocimiento y sus consecuencias educacionales. (9 págs.), 1957.
123. La libertad como poder de liberación. (Actas del Congreso Luso-Español del Progreso de las Ciencias, de Coimbra.) (9 páginas), 1957.
124. *Los veinte temas que he cultivado en mis cincuenta años de labor filosófica*. (177 págs.), 1958.
125. Liberté et valeur. (Actas del Congreso Internacional de Filosofía de Venecia.) (5 págs.), 1958.
126. La liberté dans la philosophie de Henri Bergson. (Actas del Congreso del Centenario de Bergson en París.) (40 págs.) 1959.
127. Una nueva perspectiva en la consideración de la forma. (Discurso inaugural de la III Semana de Filosofía.) (12 págs.).

128. L'Étre et la vie mentale. (Actas del Congreso Internacional de Filosofía Antonio Rosmini de Stresa.) (7 págs.).
129. Cómo cabría entender en la filosofía actual el ascenso y el descenso del entendimiento. (Discurso de ingreso en la *Mayoriscensis Schola Luliana*.) (15 págs.), 1960.
130. Les limites de l'accord possible entre les hommes. (Discurso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, con ocasión de su nombramiento como Miembro correspondiente.) (15 págs.), 1960.
131. La mutualidad de conceptos entre lo material y lo mental. (Actas de la III Reunión de Aproximación filosófico-científica de Zaragoza.) (3 págs.), 1961.
132. La libertad, eje del derecho (en el homenaje al Profesor Don Luis Legaz Lacambra). (3 págs.), 1961.
133. Aspectos sociales del desarrollo económico. (Semana Social de Granada.), 1961.
134. El utilitarismo. (45 págs.), 1961.
135. Penetración misional universitaria. (5 págs.).
136. Psicología religiosa. (7 págs.), 1961.
137. Points de vue en matière religieuse. (Actas del XV Convegno de Gallarate, Milán.) (9 págs.), 1961.
138. Necrología de D. Rufino Blanco Sánchez. (10 págs.), 1961.
139. Ciencia pura y ciencia aplicada. (Comunicación al Congreso luso-español de Oporto.) (10 págs.), 1962.
140. La crisis del humanismo (publicado en la Revista «Las Ciencias», de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias), 1962.
141. Integración, desintegración y reintegración de Europa. (22 páginas), 1962.
142. Aspectos psicológico, sociológico y ético de la representación política. (11 págs.), 1962.
143. La vida de Blanquerna (Congreso de Raimundo Lulio, 1962).
144. *Estudios filosóficos*. Instituto Luis Vives de Filosofía, C.S.I.C., Madrid, 1963.
145. «La Encíclica Mater et Magistra». Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 39, 1963.
146. «La filosofía de la Historia en Toynbee». *Ibid.*, 40, 1964.
147. «Las directrices de la Filosofía actual». *Ibid.*, 40, 1964.
148. «El problema del mal». *Ibid.*, 41, 1965.
149. «Factores morales de la reforma social», *Ibid.*, 42, 1966.

150. «La sociedad industrial». *Ibid.*, 42, 1966.
151. «La vida humana como hecho y como quehacer». *Ibid.*, 42, 1966.
152. «Libertad de pensamiento y de palabra». *Ibid.*, 43, 1967.
153. «La propio y la ajeno». *Ibid.*, 43, 1967.
154. *Curso de Filosofía: I Lógica. II Cosmología y Antropología. III Ontología y Ética*. Madrid, Gredos, 1968.
155. «Los complejos psicológicos». *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 44, 1968.
156. «Derecho y fuerza». *Ibid.*, 45, 1968.
157. «La división social del trabajo». *Ibid.*, 45, 1968.
158. «La justicia intelectual». *Ibid.*, 46, 1969.
159. «El hombre y el animal». *Ibid.*, 46, 1969.
160. «El actual momento filosófico europeo». *Ibid.*, 47, 1970.
161. «Problemas de terminología jurídica». *Ibid.*, 47, 1970.
162. «*Cuarenta años de Periodismo*». Prensa Española, Madrid, 1971.
163. «La voluntad en función del futuro». *Anales de la Real Academia de Ciencia Morales y Políticas*, 47, 1971-1972.
164. «El determinismo». *Ibid.*, 49, 1973.
165. «Supuestos ideológicos de los sistemas económicos». *Ibid.*, 50, 1974.
166. «Diseño de una sociología». *Ibid.*, 50, 1974.
167. «Esquema y teoría de la Historia». *Ibid.*, 51, 1974.
168. Discurso de contestación al de ingreso de Mariano Yela. *La estructura de la conducta*. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid, 1974.
169. «Vocabulario de sentido cognoscitivo de ser y estimativo de valores». *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 52, 1975.